

APUNTES

BIOGRAFICOS

DEL CIUDADANO

JESUS GONZALEZ ORTEGA.

*Arribado por los bibliógrafos
a S. Helarion Frias y Soto.*



MEXICO.—1861.

IMPRESA DE MANUEL CASTRO,

Escalerillas núm. 10.



FONDO
ERENANDO DIAZ RAMIREZ

F1233
565

BIOGRAFIAS

DEL CIUDADANO



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

otras no es un hecho consumado sino un principio en tránsito.
Un revolución, la de 1848, trajo sobre un poder en contra-
rio, no por sorpresa ni elevamiento, sino por la exasperación
de sus principios, y por lo espléndido de sus hechos de armas.
Y esta revolución apenas pasó el palacio de las Cortes y se des-
garró su punto de vista constitucional, profana las leyes de
su victoria, y va á sentarse en el festín de la gloria á medio de
los capadocios y los agoreros, abdicando sus más gloriosos
títulos y dejando testamento de sus males á guisa de un
podrá haber acordado para siempre y por siempre de sus
y en la nación como si á ellos se refería el nombre.

Hay momentos en que las sociedades poseídas del vértigo
revolucionario se lanzan al acaso, sin pensar de donde vienen,
y sin preguntar á donde van.

Y entónces pierden los hombres su valor numérico, y la ra-
za del presente se sacrifica sin piedad por conquistar alguna
mejora y algún bienestar para la raza del porvenir.

Y entónces los sacrificios humanos no se miran como el se-
llo de la barbárie de nuestros padres: bajo otra forma, son la
imperiosa necesidad del momento; los partidos sacrifican á sus
contrarios y los partidarios aplauden y cubren la frente de sus
heróes con el cruento laurel de la victoria en nombre de la hu-
manidad, de la libertad y de la religion.

Esas crisis sociales que se llaman revoluciones tienen una
marcha constante y un fin prefijado é invariable. Solo sí, que
en algunos pueblos marchan como un torrente al cual no es
posible poner dique, y su objeto final es de inmensos y gran-
diosos resultados.

En México por una anomalía muy notable no sucede así.
La revolucion se enerva impunemente, y sus consecuencias
son mezquinas é hijas de un cálculo frio y miserable.

Griten en enhorabuena los partidarios y los visionarios, di-
ciéndonos que estamos equivocados. La revolucion entre nos-

otros no es un hecho consumado sino un principio en iniciativa. Dígalo sino la situacion que actualmente guarda el país.

Una revolucion, la de 57, triunfa sobre un poderoso contrario, no por sorpresa ni alevosamente, sino por la exuberancia de sus principios, y por lo espléndido de sus hechos de armas.

Y esa revolucion apenas pisó el palacio de los virreyes, desgarró su purísimo velo constitucional, profana los laureles de su victoria, y va á sentarse en el festin de la orgía en medio de los especuladores y los agiotistas, abdicando sus mas gloriosos títulos, y dejando escaparse de sus manos la guerra civil, que podia haber sofocado para siempre y que hoy impera de nuevo en la nacion.

Un gabinete lleno indeseion y falto de luces y energía fué la causa de todo.

Cuando se reunió el congreso, la situacion era ya desesperada.

La reaccion estaba estendida en guerrillas por todas partes.

El erario estaba agotado, y consumidos los millones del ele-ro, la hacienda quedaba sumida en una vergozosa bancarota.

La opinion pronunciada contra la actualidad.

Y lo mas grave de todo, la eleccion popular torcida en su esencia, lo que forzosamente debia dar por resultado la permanencia del mismo personal de mandatarios, lo que significa desprestigio, disgusto general y otra revolucion mas tarde.

El congreso entonces quiso dar á la marcha del gobierno una energía que en su mismo seno dificilmente encuentra.

Y como el propio resultado de su heterogénea organizacion, sus medidas son indesisas, vagas y llenas de inconsecuencia.

Y es que domina en su seno el elemento que precedió á su eleccion.

Y junto á la creacion de un comité de salud pública, inicia una suspencion de garantías, concediendo al gabinete lo que ántes le negaba.

Resultado final que el gabinete seguirá en su antigua marcha, sin que se haya logrado mas, sino que sean testigos de sus aberraciones los diputados del pueblo.

No hay duda, el vértigo está apoderado de todas esas cabezas.

Esto va á dar por resultado una crisis, un cambio, de esos que no se aguardan, y de los que no puede preeverse ni la forma ni el resultado.

O bien la revolucion maniatada en la capital de la República es vendida á la reaccion por los especuladores que se han apoderado de los puestos públicos.

O bien la revolucion vuelve á las manos primitivas, á los héroes que la pasearon triunfante por el país y la hicieron por fin imperar en todas partes.

II.

“La reaccion no vuelve, está muerta para siempre,”

He aquí la creencia, lo que se dijo en todo el país despues de los sucesos de Navidad de 1860, y lo que se oye aun repetir algunas veces.

Poco conocen á México los que opinan de una manera tan alhagueña.

La reaccion vuelve porque tiene aun los elementos propios para crecer de nuevo y enseñorearse en el poder.

¡La Opinion!—Nuestra raza no tiene todavía la sólida y profunda conviccion de los principios de reforma, para que no haya aun infinitos partidarios de la religion de Zuloaga y Márquez.

La empleomania, y la vagancia cuentan bastantes partidarios que engruesen las filas de los descontentos.

Recursos!—Los pocos que le quedan al país son de los pronunciados, gracias á la tolerancia con que se les permite que roben las poblaciones, aun las mas inmediatas al centro.

¡Los intereses de la revolucion! He aquí el gran argumento de los optimistas.

¿Adónde estan, preguntamos, estos intereses?—La desamortizacion se ha sabido siquiera hacer para radicarlos en pro de la revolucion?

Se desamortizó en su mayor parte por especuladores incapaces de contener los avances de la reaccion.

Muchos de los redentores de capitales, lo han hecho despues de tácitas transacciones con el clero y con la conciencia.

La mayoría en masa tendrá que someterse y que aplaudir cuando la cruzada triunfante anule lo hecho, como el famoso decreto del héroe de Tacubaya que el clero se apresuró á colocar en sus templos al lado del Evangelio.

Y esos intereses desaparecerán como el humo, si es que para los mercaderes de las revoluciones no se presenta un nuevo campo en que negociar.

La reaccion puede volver, decimos, si es que no se cortan de raíz los elementos con que cuenta aun.

Afortunadamente detras de los hombres de la actualidad están los que comprendiendo la situacion, no han querido ir á arrastrar los timbres de su civismo en esa bacanal del palacio.

Y cuando el riesgo sea inminente, cuando amenaze caer al suelo el mal levantado edificio de la reforma, entonces los especuladores, los que se aprovecharon de los triunfos cuando habia pasado ya el peligro, tornando este, volverán á retirarse á la oscuridad de donde salieron, tal vez henchidos de oro, pero muertos para siempre ante la opinion pública.

Y el país cansado ya de sufrir la guerra civil, cambiando solamente de tiranos, volverá de nuevo sus ojos á los que vió entrar en Enero al frente del ejército libertador.

Y la mayoría de hombres de corazon, de luces y de providad que hay en la cámara, buscarán en los momentos del conflicto al candidato del país, al hombre que á sus talentos militares reuna la aptitud administrativa, la pureza en el manejo de los caudales, y el conocimiento de los escollos y dificultades de que está lleno el poder supremo.

Y llamará á ese hombre despues de ver la absoluta nulidad de sus antecesores y despues de convencerse que ella misma es incapaz de tomar las riendas del ejecutivo gracias á lo disímulo de su composicion, cuya causa es sin duda la influencia ministerial de la eleccion.

En vano ha de querer prestar su omnipotencia y su energía al presidente Juarez: seria un cadáver galvanizado que al querer dar un paso, caeria de nuevo en su sueño eterno.

Previendo ese forzoso desenlace nos apresuraremos á presentar al hombre que reúne, en nuestra opinion las cualidades requeridas.

Ese hombre, que todos creen conocer lo bastante, juzgado con la ligereza con que se juzgan en México á los hombres públicos, olvidados ya sus hechos durante la lucha de tres años, es apesar de todo esto el único que concreta hoy las esperanzas de la nacion.

Ese hombre es el C. Jesus Gonzalez Ortega.

Hombre nuevo, hijo de la revolucion, y lleno de los principios que esta proclama, ha tenido, apesar de su participio en el gabinete Juarez, la virilidad suficiente para no gastarse en esa crisis que ha nulificado á tantos otros.

Conocedores de su valor moral, y de su alta significacion como entidad política, presentamos hoy al país su biografia. Apesar de cuanto sobre su persona se ha dicho, los rasgos que

de él se han dado son ligeros, y su retrato no pasa de un croquis incompleto: nosotros sí vamos á dar un cuadro entero tanto mas lleno de interés, cuanto que abarca la historia de la revolucion en su conjunto, haciendo resaltar hechos y sacrificios enteramente ignorados hoy.

No queremos ser hipócritas: no dirémos que estamos léjos del Sr. Ortega, que apenas nos conoce: mal podriamos hablar con exactitud de nuestro candidato. Pero sí protestámos que hemos tratado de ser imparciales y que ninguna ambicion personal guía nuestrá pluma. Los que lean pueden juzgar mejor.

III.

El héroe de Calpulalpan, el hombre que el país entero cubrió de laureles por sus espléndidos triunfos sobre la reaccion, no cuenta sin embargo esos precedentes que dá una larga vida pasada en los campos de batalla, ó en las luchas diplomáticas.

Nació para la política del país cuando comenzó entre nosotros á presisarse el carácter de la guerra civil por la iniciacion de principios, cuando realmente comenzó á combatirse por la libertad y la mejora de México.

Hombre de ayer, tampoco trae una de esas fabulosas genealogías, con que se alhaga á los héroes y á los conquistadores.

Su origen es humilde, y su cuna bastante oscura.

Hijo de unos pobres labradores, nació en la hacienda de S. Mateo del partido del Fresnillo, Estado de Zacatecas, el año de 1824. (1).

Sus padres fueron D. Laureano Gonzalez y Doña Francisca Ortega. Y damos aquí sus nombres, porque debe ser grato al

Sr. Ortega, esta consignacion, tan sencilla pero tan dulce para el honrado demócrata que ha sabido lo que es valer por sí mismo, y que si estima los timbres de raza, será el primero y el fundador de la suya.

No pudo terminar el Sr. Gonzalez Ortega la carrera literaria que habia comenzado en Guadalajara, porque sus negocios particulares lo llevaron á Teul, donde permaneció algun tiempo.

Pasamos en silencio su juventud, esa dorada edad de la vida, cuando sin soñar siquiera en el porvenir que le aguardaba, ni en el papel que estaba llamado á desempeñar en su siglo, deramaba á torrentes en el sendero del placer esa fogosidad, ese ardimiento de su carácter que lo obligaban á desafiar toda clase de obstáculos y peligros por ir á entonar una trova de amores á los piés de la preferida del corazon. . . . porque esa impresionabilidad ante la belleza es uno de sus rasgos mas salientes.

Algunas de sus trovas vieron la luz pública entónces, y aun mas tarde, los periódicos de la capital las reprodujeron. En ellas dominan, el sentimiento mas ardiente y la ternura mas profunda.

Pero no eran esos los laureles que estaba destinado á ceñir. Su primer corona cívica, la conquistó en Zacatecas.

Habia estallado en Guadalajara el pronunciamiento por el plan del Hospicio, llamando á la República á D. Antonio Lopez de Santa-Anna. El Sr. Gral. Arista, vacilaba en la capital y estaba pronto á caer del poder por no querer trasgredir su órbita constitucional, y los Estados comenzaban á secundar el movimiento revolucionario.

El congreso y el gobierno de Zacatecas levantaron su acta

[Faint bleed-through text from the reverse side of the page, including the name 'Gral. Gonzalez Ortega' and other illegible words.]

de él se han dado son ligeros, y su retrato no pasa de un croquis incompleto: nosotros sí vamos á dar un cuadro entero tanto mas lleno de interés, cuanto que abarca la historia de la revolucion en su conjunto, haciendo resaltar hechos y sacrificios enteramente ignorados hoy.

No queremos ser hipócritas: no dirémos que estamos léjos del Sr. Ortega, que apenas nos conoce: mal podriamos hablar con exactitud de nuestro candidato. Pero sí protestámos que hemos tratado de ser imparciales y que ninguna ambicion personal guía nuestra pluma. Los que lean pueden juzgar mejor.

III.

El héroe de Calpulalpam, el hombre que el país entero cubrió de laureles por sus espléndidos triunfos sobre la reaccion, no cuenta sin embargo esos precedentes que dá una larga vida pasada en los campos de batalla, ó en las luchas diplomáticas.

Nació para la política del país cuando comenzó entre nosotros á presisarse el carácter de la guerra civil por la iniciacion de principios, cuando realmente comenzó á combatirse por la libertad y la mejora de México.

Hombre de ayer, tampoco trae una de esas fabulosas genealogías, con que se alhaga á los héroes y á los conquistadores.

Su origen es humilde, y su cuna bastante oscura.

Hijo de unos pobres labradores, nació en la hacienda de

(1). Esta fecha está equivocada. La verdadera es 19 de enero de 1822. En el archivo del Gral. González Ortega, se conserva una nota escrita de puño y letra del general, dando la fecha de su nacimiento y el nombre de sus padres y padrinos.

Sr. Ortega, esta consignacion, tan sencilla pero tan dulce para el honrado demócrata que ha sabido lo que es valer por sí mismo, y que si estima los timbres de raza, será el primero y el fundador de la suya.

No pudo terminar el Sr. Gonzalez Ortega la carrera literaria que habia comenzado en Guadalajara, porque sus negocios particulares lo llevaron á Teul, donde permaneció algun tiempo.

Pasamos en silencio su juventud, esa dorada edad de la vida, cuando sin soñar siquiera en el porvenir que le aguardaba, ni en el papel que estaba llamado á desempeñar en su siglo, deramaba á torrentes en el sendero del placer esa fogosidad, ese ardimiento de su carácter que lo obligaban á desafiar toda clase de obstáculos y peligros por ir á entonar una trova de amores á los piés de la preferida del corazon.... porque esa impresionabilidad ante la belleza es uno de sus rasgos mas salientes.

Algunas de sus trovas vieron la luz pública entónces, y aun mas tarde, los periódicos de la capital las reprodujeron. En ellas dominan, el sentimiento mas ardiente y la ternura mas profunda.

Pero no eran esos los laureles que estaba destinado á ceñir. Su primer corona cívica, la conquistó en Zacatecas.

Habia estallado en Guadalajara el pronunciamiento por el plan del Hospicio, llamando á la República á D. Antonio Lopez de Santa-Anna. El Sr. Gral. Arista, vacilaba en la capital y estaba pronto á caer del poder por no querer trasgredir su órbita constitucional, y los Estados comenzaban á secundar el movimiento revolucionario.

El congreso y el gobierno de Zacatecas levantaron su acta de adhesion á favor de ese inicuo plan que nos trajo otra vez mas la dictadura militar,

El Sr. Ortega sintió entónces la primera chispa de entusiasmo por la causa de la ley y la libertad.

Sin ninguna autoridad y siendo un simple particular, se unió con el malogrado coronel D. José María Sanchez y Roman, y ámbos desarmaron una fuerza permanente que desprendida de Durango pasaba por Zacatecas é iba á auxiliar á los pronunciados de Guadalajara.

Entonces exita á las autoridades y al pueblo de la pequeña poblacion en que vivia y protesta contra la acta revolucionaria levantada en la capital del Estado, desconociendo á los poderes que de una manera tan inaudita trocaban sus títulos de legalidad por el odioso papel de revolucionarios.

Desgraciadamente faltó esa virilidad en todo el país, y este sucumbió sin luchar, ante el casi ridículo pronunciamiento de Guadalajara.

Establecida la dictadura, comenzó la opresion sistemática contra todo el que no humillaba la cervices ante la faccion triunfante. En tal virtud se dió la orden para que se aprehendiera al Sr. Ortega é inmediatamente se le fusilara.

Su popularidad, y los inmensos amigos que tenia en Zacatecas lo salvaron, ayudándole á burlar la tenaz persecucion de que era objeto.

Triunfó al fin el plan de Ayutla, y el Sr. D. Victoriano Zamora, gobernador de Zacatecas, hizo al Sr. Ortega gefe político de Tlaltenango, hoy ciudad Sanchez Roman.

He aquí su primer paso oficial en la escena pública: de una órbita tan corta, salió para subir á lo mas alto del poder. El Sr. Zamora debe estar satisfecho de haber adivinado al hombre, y haber prestado tal servicio á su país.

Despues de haber servido algunos meses la gefatura, fué electo diputado al congreso constituyente de la Union, cuyo encargo no llegó á desempeñar.

En el tiempo que estuvo de gefe político reveló su aptitud administrativa, y la energía para el mando de que está dotado, pues apesar de la crisis por que atravesaba el país entero, en

aquella época, al comenzarse á agitar la cuestion religiosa, el Sr. Ortega supo tener á raya á los descontentos, usando ya de su caracter consiliador, ya de su inflexibilidad en puntos de deber.

Entónces tambien redactó en union del Lic. D. Juan F. Roman los periódicos intitulados el *Pobre diablo*, y la *Sombra de García*, periódicos notables por el vigor con que defendieron la causa democrática.

En 1857, fué electo diputado al congreso constituyente de Zacatecas. Al partir de su gefatura para la capital del Estado, el pueblo le manifestó el sentimiento con que lo veia alejarse. Esa aura popular lo acompañó al seno de la legislatura, donde su primer paso fué un proyecto de ley, que en aquella época hizo una profunda sensacion por los avances de su concepcion. Se trataba de las pastorales de los obispos, contra la constitucion y la ley Lerdo, que se leian en las iglesias. El Sr. Ortega solo vió en ellos unos folletos incendiarios, y propuso que no se dieran esos escritos á la publicidad sin el pase de la autoridad civil. El partido conservador tiene ya consignado en sus efemérides ese hecho que nosotros mencionamos, para hacerlo notar á los que llaman moderado al Sr. Ortega.

Con otros varios diputados redactaba en aquella época el "Guardia Nacional."

Llegó el funesto 17 de Diciembre de 1857. El gobierno de México habia dado su golpe de Estado, y el país entero se incendiaba previniéndose para la nueva lucha.

Esa célebre revolucion, en la cual muchos han visto una intriga conservadora, y uno de los autores de ella le atribuye una causa muy sencilla y casi accidental, no fué hija mas que de la tencion moral en que se encontraba la República. Un partido poderoso, el clerical, lleno aun de recursos y de adeptos, entre los que se alzaban dos ambiciones personales, un partido arraigado por una larga dominacion, combatia recur-

riendo á toda clase de armas, porque sentia que su viejo edificio comenzaba á ser minado por la base. El país por otra parte, resistiendo á la vez los efectos materiales de la lucha, comprendia que con la reforma incompleta nacida con el plan de Ayutla y mal interpretada por la constitucion de 1857, y por la ley de 25 de Junio, no podria jamas hacer cegar las fuentes de la guerra civil, tampoco concluir con el bandalismo que organizado en guerrillas azolaba nuestro suelo, y mucho menos dar á la República la organizacion social que debe tener segun su importancia geográfica ante la civilizacion y el adelanto del siglo XIX.

Debia pues resultar algo, y ese algo fué el motin de Tacubaya que elevando momentáneamente al poder al partido conservador dió por resultado el desarrollo mayor de la idea de reforma, planteando como hechos indestructibles, lo que antes eran solo utopías.

Siempre la humanidad marcha por curvas, esa es su desgracia

Pero el motin de Tacubaya, no encontró desprevenido al país. La coalicion, creada tiempo antes por el Sr. Degollado, sintió el choque eléctrico y se levantó en masa para repulsar la agresion. ¡Oh! si entónces hubiera agredido!

De Morelia partieron avisos para las demas capitales.

Inmediatamente que recibió el suyo, el Estado de Zacatecas reasumió su soberanía, la legislatura cerró sus secciones, dió al ejecutivo facultades extraordinarias, y dejó á su lado, con el carácter de consejo, una diputacion permanente, compuesta de los Sres. Lic. D. José María Castro, Lic. D. Francisco Parra y D. Jesus Gonzalez Ortega, protestando contra el golpe de Estado.

Como los demas Estados, mandó Zacatecas su contingente de hombres y recursos á la coalicion que ocupaba todo el interior hasta Querétaro.

En México, entretanto habia cambiado de forma el pronunciamiento de Tacubaya. Comonfort fué lanzado por sus propios

cómplices, y estos, contando á discrecion con el oro del clero, organizaron un ejército que rápidamente avanzó hasta el interior.

La desgracia de Salamanca, desgracia inesplicable hasta ahora pero cuya causa saldrá á luz mas tarde, desbarató como humo las esperanzas de la coalicion. El desórden cundió por todas partes, y el ejército reaccionario siguió su marcha ocupando casi sin resistencia las capitales de los Estados.

Entre tanto, habia renunciado el Sr. Zamora el gobierno de Zacatecas, entrando á sucederlo segun un precepto constitucional el Sr. D. José María Castro.

Pero en el transcurso de un tiempo bien corto, la revolucion constitucional habia reparado algo sus pasadas pérdidas, y su ejército habia tomado en Ahualulco una posicion imponente.

El éxito empero no correspondió á las esperanzas, y otra vez mas alcanzó el gefe reaccionario una victoria tan inesperada como tan incalificable.

La situacion de los Estados, pero la del de Zacatecas sobre todo, era desesperada. El Sr. Castro renunció á su vez, recayendo la gobernacion en el segundo consejero, el Sr. Parra, quien no pudiendo tampoco sostener órden alguno gubernativo, renunció tambien cinco dias despues de haber tomado posesion.

Segun trámite legal, el Sr. D. Jesus G. Ortega, tomó entónces el gobierno del Estado á su cargo.

Si sucesos de alta importancia no fueran á ocupar de preferencia nuestra pluma, nos detendríamos á pintar los detalles de la situacion en que el Sr. Ortega subió á la gobernacion de Zacatecas: la legitimidad de ese acto fué discutida entónces por su antecesor. Nosotros no decidimos, pero solo mencionamos que en los momentos en que el partido liberal, la guardia nacional y la poblacion veían perdido todo, y al gobernador Parra en completa inaccion esperando solo que se acercara el ejército triunfante de Ahualulco para entregarle todo sin salvar un solo elemento de guerra, y dejando la autoridad en

manos de extranjeros, si se exigió la dimision del Sr. Parra haciendo recaer el nombramiento en la persona del Sr. Ortega, no se hizo mas que sembrar la semilla de donde debian brotar mas tarde las glorias de Peñuelas, Silao y Calpulalpam.

Jamás se han salvado los países con un trámite, y las leyes nunca son las fórmulas.

Hasta ahora hemos visto los preliminares, hechos pequeños si se quiere, pero que era sin embargo, preciso enarrar para no dejar incompleto el cuadro que trazamos.

Pero el interés crece: vamos á entrar en esa lucha de Titanes, que solo por ingratitud no se ha vuelto ni á mencionar casi por la prensa, desde que se ocupó la capital de la República. Por eso México no tiene glorias, porque no tiene historiadores, cuando abundan en nuestro suelo y en las distintas faces de nuestras luchas intestinas y extranjeras la abnegación, el valor, el patriotismo y el heroísmo.

IV.

Al momento que el Sr. Ortega tomó posesion del gobierno, reconoció como centro de toda operacion militar, al Exmo. Sr. D. Santos Degollado, como único representante del gobierno nacional.

A los quince dias habia organizado completamente una fuerza de mil hombres de las tres armas, y elaborado parque, pues no habia un solo cartucho puesto que en la precipitada salida del Sr. Castro, se habia arrojado todo en los fosos de la ciudad.

Para salvar los elementos de guerra, que habia creado el Sr. Ortega, evacuó la ciudad al aproximarse el ejército vencedor de Ahualulco con fuerzas muy superiores y con un inmenso tren de artillería.

Se trataba de ir á Guadalajara para cooperar á la toma de la plaza, cuando una órden del Sr. Degollado previno al Sr. Ortega que permaneciese en el Teul. Entonces quiso el gobernador de Zacatecas juzgar por sí mismo de la situacion y marchó solo y rápidamente á Guadalajara, de donde volvió lleno de fé y entusiasmo por la causa que defendia.

Mandó su fuerza al puente de Toluca para que se uniera con las del Sr. Degollado, y con algunos artilleros y empleados se dirigió á la capital del Estado, libre en aquel momento de la presencia del ejército reaccionario.

Entonces mostró lo que vale como hombre de buena administracion, de energía, actividad y aptitud organizadora.

Pagó los compromisos de dinero que reportaba el erario, y organizó nuevas fuerzas para repeler las gavillas reaccionarias que merodeaban en las pequeñas poblaciones del Estado. Dió á la vez sus tres célebres decretos que caracterizan tan plenamente á su autor.

Fué el primero su ley sobre ladrones sujetándolos al juicio ejecutivo por jurado, y al castigo inmediato, prohibiendo á la vez que los gefes militares exigiesen caballos y dinero sin órden superior.

Para los gastos de la guerra, no queriendo hacer pesar tan fuertes y numerosos subsidios sobre los pueblos, hace que los que reconocen capitales piadosos rediman el 20 p. ∞ de ellos á favor del erario.

Impone severas penas contra los empleados y particulares que ausilien ó sirvan al llamado gobierno de Zuloaga. Suprime las oficinas inútiles, suspende con mano vigorosa y enérgica á los empleados ineptos ó de manejos no muy puros sin atender á su categoría, levanta en fin por todas partes el crédito del gobierno, la confianza nace, y como resultado inmediato, recoge gruesas sumas de dinero para las atenciones de la revolucion.